

Obras como la presente son las que contribuyen a un avance firme en nuestro conocimiento del pasado. Además de ser de fácil lectura, es un libro de consulta, enriquecido con una amplia lista de fuentes griegas y latinas, bibliografía general y útiles índices de citas bíblicas, de nombres, cosas y expresiones latinas singulares, y de autores antiguos y modernos.

Manuel Sotomayor

GARCIA I LLINARES, Gemma, MORO GARCÍA, Antonio y Tuset Bertrán, Francesc, *La seu episcopal d'Ègara. Arqueologia d'un conjunt cristià del segle IV al IX*, Serie Documenta, 8, Institut Català d'Arqueologia Clàssica, Tarragona, 2009, 214 p., 424 fig., ISBN: 978-84-936809-1-6.

La espera tuvo su recompensa y es que enfrentarse a uno de los conjuntos arquitectónicos más singulares y difíciles de toda la alta edad media europea debe dar más de una mala noche. Las iglesias de Terrassa eran uno de los grandes desconocidos de nuestra cultura arquitectónica, a pesar de contar con varias monografías y hasta un simposio monográfico en el que se insistió denodadamente en su singularidad. Por fin, un plan integral de restauración, que incluía la exploración arqueológica de su entorno y la excavación completa del atrio todavía conservado, ha permitido la revisión de lo que, a todas luces, era una colección de iglesias y, también, de lugares comunes. En primer lugar, Terrassa materializaba de la mejor manera posible la idea de conjunto de iglesias en territorio peninsular, con tres edificios de culto dedicados a la Virgen al sur; Sant Miquel, en el centro, y Sant Pere, al norte, circundados por un muro que venía a representar —con la excepción de algunas zonas segregadas al norte y el oeste por la evolución histórica del solar— la superficie de un dextro eclesiástico en toda regla. En segundo lugar, históricamente, el obispado se desarrolló entre los siglos V y VIII. El problema aquí era determinar qué restos eran adscribibles a la época previa a su transformación en obispado, qué de las iglesias conservadas había pertenecido al período anterior a la llegada de los musulmanes y qué era obra de su posterior restablecimiento.

Lógicamente, Terrassa había interesado muy especialmente a los investigadores que comenzaron a definir una teoría de la arquitectura altomedieval catalana, así como a los que intentaron aplicar una metodología sólida y fundada en la restauración del patrimonio edificado. Singularmente, para las iglesias de *Egara* ambas cuestiones se vieron reunidas en la figura de Puig i Cadafalch, quien no sólo teorizó sobre la temprana cronología de las iglesias, sino que también las restauró. Y aquí comienza uno de los errores de interpretación más sorprendentes, que se mantuvo en las obras que continuaron tras la Guerra

Civil con las restauraciones y excavaciones de Jeroni Martorell, Epifanio de Fortuny, José de Calasanz Serra-Ràfols o Salvador Alavedra. Durante las intervenciones que *ripristinaron* el conjunto rehaciendo campanarios, remodelando Sant Pere, acondicionando la rectoría y descubriendo los restos más antiguos de Santa María, también se reinventó Sant Miquel. En una profética aplicación de la «iconografía de la arquitectura» sobre la que teorizara Krautheimer varias décadas después, Puig i Cadafalch leyó la iglesia como un baptisterio. Razones no le faltaban: se trata de un espacio centralizado, cuya área media está cubierta con una cúpula sostenida por una arquería, que deja en el núcleo del edificio un ámbito idóneo para haber albergado una piscina bautismal. Incluso antes de que se teorizara al respecto, la lectura de Puig parecía certera. El modelo de dos iglesias más baptisterio respondía bien a lo que en poco tiempo sería conocido tipológicamente como «catedral doble», hoy redefinido y reinterpretado como conjunto de iglesias. Un problema de base: el baptisterio no fue tal. La piscina que se colocó en su centro conducía obligatoriamente a una interpretación errónea de la propia iglesia de Sant Miquel y, más allá, de todo el complejo arquitectónico. La consecución de una correcta imagen de la misma recomendaba una intervención a la inversa, deshaciendo lo que se inventó, algo que a veces no gusta, produce cierta perplejidad en los teóricos y que, cuando quien está de por medio es la figura de Puig i Cadafalch, parece complicarse aún más. La valiente decisión tomada, que se describe en el trabajo que reseñamos, fue optar por la relectura de la pequeña iglesia, con un respetuoso desmonte de la intervención de comienzos del siglo xx y la excavación de su entorno, en la que se hallaron los restos de un pórtico de uso mortuorio que recorría el perímetro exterior de la iglesia. Sant Miquel pasó entonces de baptisterio historicista a iglesia tardoantigua funeraria —y posiblemente relicaria—, un cambio de papeles que, como veremos, obligaba a una nueva interpretación de las tres iglesias de Terrasa.

La excavación arqueológica en extensión del área del dextro y del interior de la vieja rectoría trajo nuevas primicias. Los alrededores inmediatos a Santa María vieron aflorar los vestigios de un complejísimo templo de dimensiones mucho mayores, que sufrió numerosas ampliaciones que llegaron a transformarlo en una iglesia de tres naves. A los pies de ésta, apareció un baptisterio —esta vez real—, cuya piscina hexagonal asomó sorpresivamente bajo el subsuelo de la casa rectoral, con muros que amortizaban parte del armazón original. Al suroeste del templo, una estructura arquitectónica organizada entorno a patios parece no ofrecer duda sobre su uso residencial y, lo que es más, sobre su segura adscripción a la figura del obispo de *Egara*. En su entorno, una pequeña capilla funeraria es identificada con la de los Santos Justo y Pastor, recogida en la tardía documentación medieval conservada.

En la superficie entre Santa María, Sant Miquel y Sant Pere se descubrió una monumental necrópolis, que se extendía hasta el pórtico meridional de la última de las iglesias, así como los escenarios de circulación entre los tres edificios que, mediante pasillos, ofrecían un paisaje de recorridos estacionales litúrgicos especialmente interesantes. Así, desde el baptisterio asociado a Santa María arrancaba un pasillo que lo comunicaba directamente con la desaparecida fachada occidental de Sant Pere: ¿los restos arqueológicos de la liturgia bautismal entre iglesia parroquial y episcopal? Parece claro que la interpretación de un

conjunto de estas características pasa por una intensiva metodología analógica, en la que el contexto de la arquitectura de la época sirve para refrendar la propuesta funcional de los autores. Siguiendo un modelo bien conocido en todo el cristianismo de la alta edad media, las iglesias de Terrassa pasan por tratarse de un conjunto compuesto por iglesia parroquial, iglesia funeraria-relicaria e iglesia episcopal, con su baptisterio correspondiente. Los misterios sobre la catedral de *Egara* comienzan a disiparse, incluso cuando a esto le añadimos la aparición de los restos de un *episcopium* y de una capilla asociada.

Una última nota: los análisis químicos y estratigráficos de las pinturas conservadas en la capilla mayor de Santa Maria ratifican su cronología en el siglo vi. Desde luego, el libro de Gemma García i Llinares, Antonio Moro García y Francesc Tuset Bertrán es un trabajo modélico y básico para entender el conjunto catedralicio mejor conservado de toda la Antigüedad Tardía peninsular.

Eduardo Carrero Santamaría

OLMO ENCISO, Lauro (ed. científico), *Recópolis y la ciudad en la época visigoda*, Zona Arqueológica, núm. 9, Museo Arqueológico Regional, Alcalá de Henares, 2008, 383 p., ISSN: 1579-7384.

El número 9 de la serie *Zona Arqueológica* es una monografía sobre *Recópolis y las ciudades hispánicas en época visigoda* realizada por un amplio conjunto de especialistas en la materia, en ocasión de la exposición «Recópolis, un paseo por la ciudad visigoda», que tuvo lugar entre diciembre de 2006 y febrero de 2007 en el Museo Arqueológico Regional de la Comunidad de Madrid (Alcalá de Henares, Madrid).

El volumen consta de un total de 22 artículos, entre los que se encuentran nuevos trabajos, revisiones de otros anteriores, ampliación de resultados o estados de la cuestión. Cada uno de ellos está acompañado por un excelente aparato gráfico —fotografías, dibujos, planimetrías, reconstrucciones virtuales...— y una amplia bibliografía final.

El conjunto de la obra se divide en tres grandes apartados.

En el primero de ellos, tras las presentaciones de tipo institucional, Enrique Baquedano, director del Museo Arqueológico Regional, ofrece una serie de reflexiones sobre la colección *Zona Arqueológica*, seguidas de un *in memoriam* al tristemente desaparecido maestro Ricardo Francovich y de un texto introductorio al paisaje histórico de Recópolis en el contexto de la ciudad visigoda, todos ellos de la mano de L. Olmo Enciso, editor científico del volumen y director del proyecto arqueológico del yacimiento en cuestión.

El segundo apartado está dedicado de forma monográfica a la presentación y estudio de Recópolis. Lo inaugura L. Olmo con un texto, que lleva por título *Fuentes escritas y pri-*